

Editorial

AL SERVICIO DE LA TIERRA

"Nunca como en nuestros días ha desaparecido tal cantidad de vida de la tierra". La noticia, cogida al vuelo en un documental televisivo, no deja de ser inquietante. Los políticos siguen estos días, previos a las elecciones, vendiendo la promesa de una mayor calidad de vida para todos en una sociedad de bienestar pero ¿a costa de qué? Se guardan muy bien de decirlo. La ¿celebración? de un Año Internacional para la Erradicación de la Pobreza ("si quieres que algún asunto importante se olvide, dedícale un año internacional" ha dicho alguien y no va muy descaminado) sigue sirviendo de telón de fondo para promocionar la decisión de los países más ricos, al amparo de la ONU, de condicionar la ayuda económica para el desarrollo de los países pobres a la aceptación de una política perversa de control demográfico. Mientras, desoyen sistemáticamente las voces que piden el 0'7% de los presupuestos estatales para acabar con el hambre, la miseria y la pérdida prematura de tantas y tantas vidas humanas. A pesar de las "Cumbres para salvar la Tierra" y las solemnes declaraciones en defensa de la Naturaleza, sigue aniquilándose vida a nuestro alrededor: la guadaña invisible pero afilada de la explotación indiscriminada e insolidaria de los recursos -naturales y humanos- del planeta, continúa su tarea, con el beneplácito de los poderosos y la indiferencia cómplice de los que



dicen/decimos que no se puede hacer nada.

La voluntad de Dios es "que tengan vida en abundancia". Contradecir el deseo divino parece el empeño más descabellado y sin sentido de nuestros tiempos. Él hace salir su sol sobre malos y buenos, pero nos afanamos en construir una civilización de sombras donde todo da lo mismo: un mundo en blanco y negro, enfrentado y dividido que, alejado de las fuentes de la vida, chapotea en el cauce cenagoso de la incomunicación, de la ceguera mental, de la atrofia calculada de los sentimientos, afectos e ideales más auténticos. El querer de Dios es "que seamos uno": una sola carne, un solo pueblo, una humanidad reconciliada. Y nos obstinamos en una existencia llena de fronteras y aduanas, salpicada de poseivos y negaciones: que no pase

el otro, el distinto, el que no piensa como yo; que no entre en mi vida, en mi familia, en mi casa el/la que no tiene las mismas posibilidades, estatus social o "buen nombre"; que no venga a mi país el negro, el blanco o el mestizo, a no ser que venga bien vestido, sea interesante/joven/divertido y con tarjeta de crédito en vigor.

La gran tarea para la que necesitamos urgentemente maestros e iniciados es la de volver a recuperar el ritmo del sol -ritmo de Dios- que hace las cosas nuevas cada día y nos da la oportunidad cotidiana de ponernos al servicio de la vida en toda su diversidad y riqueza, como si fuera la primera mañana de la creación.

Pepe Avilés.